

**XV EDICIÓN**



**“Café Bar Bilbao”**

**Teatro Laburreko Saria  
Premio Teatro Breve**

Iñigo Cobo

**OAXACA EN DOS**

2017



# OAXACA EN DOS

## Personajes

GUADALUPE URREIZTIETA / LA MADRE  
AITOR BASABE / EL HIJO / EL DE LA FUNERARIA

## Sinopsis

En un tanatorio de Oaxaca, una madre se encuentra junto al ataúd vacío de su hijo muerto, desaparecido en un terremoto; mientras tanto, en un teatro de Bilbao, un bailarín se dispone a actuar ante una madre ausente. Lupe prepara un discurso que su hijo jamás escuchará, y Aitor se prepara para un baile que su madre jamás verá.

Otro nuevo seísmo en la ciudad mexicana abre una brecha geológica que conecta ambas ciudades –un tanatorio y un teatro– y a estos dos personajes, marcados por los sueños y la realidad, lo que es y lo que no es, a través de una grieta –un confesionario– de miles de kilómetros.

## Género

drama

## Idioma

castellano

*Espalda contra espalda, una capa de plástico traslúcido DIVIDE a los dos protagonistas, y así lo hará durante toda la obra, sin apenas un contacto visual realmente nítido, en una perpetua CERCANÍA lejana, siempre SEPARADOS.*

*Dos luces se cruzan en esa pared falsa.*

*El lugar es un espacio diáfano, rodeado por el PÚBLICO EN CÍRCULO y pequeñas construcciones a partir de CORCHO blanco, formando pequeños MUROS cerca de los dos actores y entre las personas del público,*

*AITOR BASABE, adolescente de aspecto vigoroso, está iluminado con una tenue luz azul fluorescente. Su espacio sólo está acompañado de un espejo.*

*LUPE URREIZTIETA, mujer de mediana edad, teñida bajo una luz roja y con el aspecto derrotado de alguien que acaba de vivir una gran catástrofe, está de pie frente a un ATRIO. Su lado del plástico está cubierto por papeles pegados a la pared. Son borradores, llenos de tachones, ideas variadas y pensamientos en conflicto.*

*(Parece la habitación de una loca.)*

*Sobre un taburete, una pequeña radio está envuelta en plástico.*

*Ahora, al hablar, sus frases SE ENCADENAN; antes de que acabe una, empieza la otra.*

*SEPARADOS, parecen extrañamente UNIDOS, conectados.*

AITOR

Nunca pensé que llegaría hasta aquí.

Así, delante de tanta gente,  
listo para actuar.

Hay tantas cosas que quiero hacer,  
tanto para lo que estoy preparado.

Aunque bueno, uno nunca lo está.  
Pero hay que hacerlo, es el momento.

LUPE

Nunca pensé que acabaría aquí, así.

Sola, delante del ataúd de mi hijo,  
lista para enterrarle.

No estoy preparada para esto.  
Quién lo está.

Demasiados pocos momentos.

Tan poco tiempo con él.

Tanto tiempo por delante,  
tantas cosas por hacer.

Y tan poca vida por delante.

*Lupe coge un papel y un boli y lo pone sobre el atrio.*

LUPE

Suelo improvisar. Así me ha ido, ¿no? Una vida de decisiones equivocadas. Llegas a una edad y te das cuenta de que has hecho más cosas que nunca habría querido hacer que las que sí querría haber hecho; pienso que nos define más lo que no hemos llegado a hacer que lo que sí hemos hecho. Así que hoy me toca decidir, me toca hacer. *(Lo escribe.)*

AITOR

Siempre haces lo que quieres, me dice mi madre. Pues sí. Lo hago. Es mi vida, ¿no? Tomo mi decisión, o eso quiero creer. Es la primera vez que piso un teatro *(observa al público)*. Ojalá viera a más gente *conocida*, a más gente que quiero, pero eso es pedir demasiado, porque el sueño es el mío, no es el de los demás verme.

LUPE

Yo no quiero escribir este discurso. Ninguna madre querría despedirse de su hijo. *(Duda. Frente al atril, recalca unos instantes. Piensa. Tacha la frase que acaba de decir. Arruga el folio, lo tira.)* Mi hijo decidió hacer Matemáticas en la Universidad de Oaxaca. *(Escribe según dice.)* Iba a estudiar en un sitio al que yo nunca pude ir. A esto le llamamos orgullo. ¡Hazlo! ¿Porque a ti te gustan los números, no?

AITOR (como EL HIJO)

¡Claro! Me encantan las  
Matemáticas.

Pero a ver, ¿a quién pueden gustarle los números?  
*(suelta una carcajada)*

A mí, mamá.

¡Cómo no! Pues hazlo. No seré yo quien te lo impida.

me dice, contento, sonrío, y se va,

Luego va a contarme todo. Cómo es la facultad,  
cuándo empieza y *(se queda callada.)*

Pero nunca empieza, y nunca cena en casa,  
porque mi hijo nunca vuelve, porque se muere  
antes de venir, pero no antes de matricularse,  
y me seguirán llegando a casa cartas de la universidad,  
postales de Navidad y avisos de pago, aunque jamás ingrese,  
porque un terremoto le ha matado antes, y yo tendré  
que seguir pagando.

Gracias. En cuanto haga la  
matrícula,  
te llamaré. Luego te cuento.

Ceno en casa.

AITOR

Llevo años preparándome para esto. Hoy todos van a verme, me zarandeo, me muevo,  
me muestro tal como soy.

LUPE

Pero nadie va a escuchar este discurso, porque todos estarán pensando qué decirme, así que  
para qué coño estoy escribiendo un discurso, si ni siquiera mi hijo va a oírlo.

*Tira el folio del discurso hacia el público, frustrada.*

*Las palabras de Lupe nos trasladarán al momento de la venta de ataúdes. En este momento, Aitor se transforma en el eco de lo que dice Lupe; Aitor es ahora el Hombre de la Funeraria. Recrea los mismos gestos de ella, que a su vez son los gestos de él, y el muro traslúcido que les separa se convierte en un espejo.*

LUPE

El hombre de la funeraria me enseña  
los mejores ataúdes y los mejores precios.

me pregunta, pero en realidad se lo pregunta

AITOR (como El de la Funeraria)

Qué material aguanta mejor bajo tierra  
durante toda la eternidad,

a sí mismo para después responderse a sí mismo,  
y me dice,

pues yo me lo sé y los tengo aquí, señora  
Guadalupe, ¡todos aquí!

Yo le digo que todo eso me da igual,  
porque el ataúd será una caja simbólica,  
sin nada dentro. Dame lo más barato,  
y luego él me pregunta:

pero, en ese caso, ¿cuánto vale el  
recuerdo de su hijo? ¿Va a enterrar su  
recuerdo en una caja de cartón? Un  
cadáver es igual que una caja vacía,  
porque ya no hay nada dentro. Todo es  
simbólico,  
como un entierro, como su hijo muerto,  
siempre presente, siempre extrañado.

me cuenta,

me insiste,

El hombre me abraza y me señala  
el Konner 700, de madera de roble,  
así que le doy mi número de cuenta y  
salgo de allí pagando doscientos mil pesos a plazos, con un ataúd caro vacío y, a pesar de  
todo, sin hijo. Una vez más, he hecho algo que no quería hacer, pero por lo menos, pienso,  
será *Lupe no acaba la frase.*

*Se escucha un ESTRUENDO que agita el lugar en que se encuentra. Al otro lado, sin embargo, el Hombre de la Funeraria sigue contando victorioso unos cuantos billetes de dólar, la señal por el ataúd que Lupe le ha dado.*

*El temblor tira a Lupe al suelo, que se resguarda con torpeza bajo el atrio.*

LUPE

Al menos será bonito.

*Con segundos de retraso, el temblor alcanza la mitad donde está Aitor. Los billetes salen volando y, cuando lo hacen, deja de ser el Hombre de la Funeraria para volver a ser él mismo; intenta mantener equilibrio haciendo un giro de baile. Con cierta dificultad, se mantiene en pie.*

*Aitor y Lupe giran sus cabezas en la otra dirección, hacia el muro, hacia el otro.*

*Se escucha una corriente de aire, el silbido del viento.*

AITOR

Podrías pensar que no va a ocurrir,  
pero así será, y cuando ocurra te lanzará  
como a una pelota, te golpeará como  
un trueno y, cuando te des cuenta,

Yo quiero pensar, sin embargo,  
que todo es una ficción.

Que los terremotos nunca ocurren,  
y si ocurren lo hacen en otro lugar.

Esto no pasa en Bilbao.

LUPE

serás un amasijo de músculos retorcidos  
y enredados entre las vigas de Oaxaca.

Pero yo vivo en Oaxaca.

*Lentamente, Aitor se acerca con curiosidad hacia la corriente de aire que emerge de su pared.*

AITOR

¿Hola?

LUPE

¿Buenas noches?

AITOR

¿Quién eres?

LUPE

Mi nombre es Guadalupe Urreiztieta.

AITOR

Es un placer, Guadalupe. Yo Ait-- *(ella le corta)*

LUPE

Lupe. Di Lupe mejor.

Así me llaman todos. Es más familiar.

AITOR

Vale, Lupe. Yo Aitor. ¿Qué ha sido ese ruido?

LUPE

Un terremoto, sin duda.

AITOR

*(Con gran certeza.)* Aquí no hay terremotos.

LUPE

Aquí sí.

AITOR

Lo dudo mucho.

LUPE

No puedes dudar de la existencia de un terremoto cuando acabas de vivir uno.

AITOR

¡No! *(Se ríe, incrédulo.)* ¿Terremotos desde cuándo?

LUPE

Desde siempre. Es una zona sísmica.

AITOR

Bilbao nunca ha sido sísmica.

LUPE

¿Bilbao?

AITOR

Bilbao.



LUPE

Yo estoy en México.

AITOR

He oído muchas cosas, pero nunca reivindicar que Bilbao es México.

LUPE

Oaxaca, México. Una ciudad con muchas flores, y también terremotos, que es lo que acaba de suceder. Calculo que de seis grados y medio.

Por qué un chico de Bolbín dice que--

(*corrige*)

AITOR

Bilbao.

--de Bilbao afirma, como un loco, que es de Bilbao y está hablando conmigo, que soy de Oaxaca, México, en otra parte del mundo, no es lógico.

AITOR

Es que no puede ser.

LUPE

Lo único que puede ser, y será, es que se haya abierto una brecha geológica, un camino, un túnel, una ruptura, y que esa ruptura una tu país y el mío, cual sea que sea tu país, cualquiera que sea tu ciudad.

AITOR

Bilbao (*matiza de nuevo*). Yo soy Aitor Basabe de Bilbao, y es imposible que se haya abierto una brecha de miles, cientos, miles de kilómetros imposibles.

LUPE

Dime dónde estás ahora.

AITOR

Estoy en un teatro.

LUPE

Descríbelo.

AITOR

Hace frío. Hay un montón de gente delante de mí,  
que quiere verme actuar.

Y yo, bueno, me estoy meando.

LUPE

¿Has empezado ya?

AITOR

No. Aún está entrando la gente.

LUPE

¿Nervioso?

AITOR

Un poco. Estoy esperando a alguien.

LUPE

¿A quién?

AITOR

A mi madre. Pero igual no viene.

LUPE

¿Y por qué no?

AITOR

No sé. Habrá tráfico. *(Se esfuerza por cambiar de tema.)* ¿Tú donde dices que estás?

LUPE

Yo estoy en un tanatorio, ¿y a quién se le va a ocurrir construir un teatro al lado? Estoy junto al ataúd de mi hijo, pero él no está aquí, así que estoy sola.

AITOR

*(Corta a Lupe.)* Lo siento mucho. Pero yo te repito – yo te repito que eso es imposible.

LUPE

Nada es imposible, y menos en un lugar como éste, contradictorio porque es precioso y matador a la vez. En Oaxaca, al tiempo que los terremotos se tragan a las flores, éstas no tardan en florecer, como hacemos nosotros. Tal vez ambos seamos estúpidos. Nacemos entre la belleza, crecemos en la tragedia y morimos, aceptando casi por obligación, que a pesar de todo debemos seguir dando gracias por lo que nos pasa.

AITOR

No es estúpido seguir intentándolo. Es valiente.

LUPE

Un valiente es estúpido, porque la mayoría de ellos fracasa. Deberíamos dejar de exaltar al valiente, porque solamente fomentamos la locura.

AITOR

¿Qué es la locura, Lupe?

LUPE

Ay, no sé. La calle está llena de locos. Sal y pregúntales a ellos.

AITOR

Respóndeme. Inténtalo.

LUPE

La locura es rociar el ataúd de mi hijo con su perfume, para que huela a él aunque él no esté allí.

AITOR

Eso no es locura. Yo creo que es amor.

LUPE

Es amor mal gestionado, es decir, locura. Locura es no ser capaz de aceptar las ausencias diarias, y utilizar a Calvin Klein para poder recrearlas.

AITOR

En Bilbao no hay terremotos. A ver, no estoy negando que haya pasado uno. Pero nunca, nunca hemos vivido uno. Así que no sé cómo es. No sé reconocer un terremoto, aunque imagino que, cuando llega, lo sabes.

LUPE

Nos convertimos en la mesa de juego de un niño gigante que va desmontando y tirando por los aires aquello que, entusiasmado, acaba de construir;

AITOR

al igual que a veces no entendemos  
los arranques de furia de un crío,  
su regocijo en la destrucción,  
todo es un caos

LUPE

y nadie está preparado para eso y nadie sabe controlar la situación. Mires por donde mires, todo es irreal porque supera toda lógica posible en tu cabeza. Un enorme campo de béisbol se convierte en morgue para dejar los centenares de cadáveres que van apareciendo, uno tras otro, como la sangre que sale a borbotones de una herida abierta, pero en este caso sale de nuestra propia tierra y las aceras y las casas y los escombros. Se amontonan y se pudren y, para poder identificarlos, se usa hielo y sal para frenar la descomposición. Después, ese campo de béisbol es un centro comercial, y la gente echa hielo a sus Coca-Cola, y sal a sus hamburguesas. Y nadie, y te digo *nadie*, quiere recordar qué fue eso y qué paso allí, porque es mejor olvidar y seguir.

AITOR

Y tú te preguntas, seguro que lo haces, que lo haces todo el tiempo, cómo es posible olvidar *todo eso* y seguir después de *eso*, cómo una ciudad gigantesca se las arregla para poder olvidar una desaparición masiva y construir un centro comercial encima, y cómo a ti te cuesta tanto superar tu pequeña desaparición, minúscula. Una ciudad no siente, no es una persona.

LUPE

Si algo tengo que agradecer, si algo *puedo* agradecer (*se autocorrige*), es lo bueno de no tener su cuerpo. Sin él, todo es más fácil.

AITOR

¿Cómo más fácil?

LUPE (*nerviosa, de habla rápida*)

La funeraria me cobra igual, pero me libro de que le maquillen para que parezca vivo, de que le partan los huesos para poder colocarle la ropa, porque cuando un muerto se muere, su cuerpo está rígido, sabías – es algo que *todos* saben. Además, pienso, en eso pienso, en eso pienso todo el rato, ya tendrá los huesos partidos allá donde esté, así que el trabajo ya está hecho, y me cobran igual. Ya no está y sólo se me ocurre pensar en los gastos. No sé muy bien qué estoy diciendo. ¿Es de mala madre? ¿De mala persona? ¿Estoy sonando mal?

AITOR

No sé cómo estás sonando, creo que es normal estar confusa, pero (*piensa sus palabras*) no sé si es del todo bueno que pienses eso.

LUPE

Una no decide qué piensa. Sólo lo hace.

AITOR

Si yo me muero... perdón – si yo me muero... Lo estoy pensando.

No tendría sentido que me pusieran un traje. ¿Porque es lo que se pone, no?

LUPE

Es lo que se pone, un traje de gala, te mueres y te ponen un traje de gala, para entrar en condiciones al Cielo, te gastas una burrada y tu esmoquin queda intacto mientras tú te descompones. No lo amortizas, vamos, creo. Mi hijo jamás se puso un traje, y verle ahí, en traje, no sería ver a mi hijo. Sería --

AITOR

-- ver a otro.

LUPE

Eso es. Sería ver a otro. Qué poco auténtica es la muerte cuando la dejamos en manos de los vivos.

AITOR

Que nos dejen morirnos en pelotas, como debe ser, ¿no crees?  
Si yo me muero, perdón, pero si lo hiciera, debería llevar algo mío.

LUPE

¿Un chándal?

AITOR

Yo nunca llevo chándal.

LUPE

¿Y qué llevarías, una sudadera?

AITOR

Tal vez. O camiseta solo. Una camiseta amarilla. Pero seguramente vaqueros.

LUPE

Yo nunca he visto a un muerto en vaqueros.

AITOR

Yo tampoco. Pondría música alegre, *pop-rock* internacional. No quiero música de velatorio. Cuando suena música triste, la gente dice que quites esa música de velatorio. Se dice así, ¿no?

LUPE

Sí. Música de velatorio.

AITOR

Yo querría *pop-rock* internacional. Para equilibrar la tristeza con música comercial.

LUPE

Gracias, chico.

AITOR

Aitor.

LUPE

Gracias, Aitor. Por un momento me han entrado ganas de ir a tu velatorio, en vez de pensar en el mío. (*Calla unos instantes.*) ¿Quieres leer el discurso que he escrito para mi hijo?

AITOR

Bien.

*Lupe mete un papel doblado en el agujero, que llega hasta el lado de Aitor. Observa el brazo saliente de ella a través de su espejo. Él lo coge con cuidado, como traído por una paloma.*

LUPE

Pero luego devuélvemelo. He hecho un millón de versiones.

Pero la única buena es la primera.

AITOR

LUPE

Oye...

Dime.

AITOR

Ha desaparecido, verdad. Pero, no sé; ¿tienes alguna esperanza de que aparezca?

*Lupe calla. Aitor comienza a leer el discurso sobre el papel.*

LUPE

Siempre hay esperanza – pero, por un lado y por el otro, sólo hay silencio, y eso pesa mucho más. No hay ningún cuerpo que garantice que él está muerto, pero tampoco hay un cuerpo que te diga que no te preocupes, que está bien y que todo era una broma pesada. No va a sorprenderte, no va a asomarse por la puerta, no va a llamarte ni a mandarte un e-mail. No va a hacer nada de eso. No va a hacerlo porque está muerto, y los muertos no hacen nada, sólo dan de comer a la tierra.

AITOR

¿Cómo se llamaba? *(Aitor lee silencioso, concentrado y extrañado, el folio.)*

LUPE

Mi hijo no tiene nombre.

AITOR

Cómo no va a tenerlo.

LUPE

Ponerle nombre era una responsabilidad que yo nunca estuve dispuesta a asumir; estás condicionando cómo la gente le contemplará el resto de su vida; cómo le llamarán, cómo lo etiquetarán – yo no querría eso para un niño, por Dios: no le compré ropa, qué pasa si no elijo bien.

*Al mismo tiempo que Lupe termina de hablar, Aitor acaba de leer la carta y alza la cabeza.*



AITOR

Lupe, esto no es un discurso de despedida.

LUPE

Tengo un hijo sin nombre, un hijo que jamás ha desaparecido, un hijo que no ha muerto. A mi hijo jamás le han engullido las placas tectónicas, jamás ha celebrado un cumpleaños. Mi hijo sin nombre no existe, y todo lo que él ha sido no son más que mis deseos y mis imaginaciones, las ilusiones de una mujer cobarde. No podría tener un hijo, no porque no pueda, porque puedo, sino porque no soportaría que, algún día y en algún lugar, un terremoto pudiera hacerle desaparecer; o un *tsunami* pudiera arrastrarle al océano, o un Seat Ibiza pudiera atropellarle durante trescientos metros mientras el conductor, ignorante y abstraído, ve un vídeo de un gatito en su móvil. Todas esas imágenes y todas esas posibilidades son una muerte diferente cada vez. Con cinco años se atraganta con un bocadillo; con catorce, un coma etílico; con veintitrés, se estampa con la moto, y con cincuenta tiene un infarto porque no ha comido suficiente verdura. Cada día es una muerte, y cada semana es un duelo. Sería demasiado para mí. Demasiado duro, demasiado real; y, al igual que yo no tengo un hijo, sé también que tú no tienes madre, porque una madre jamás metería a su niño a un hospital psiquiátrico.

AITOR

Una madre iría a ver su niño en su gran actuación. Estaría la primera y se iría la última, esperando felicitarle. Una madre le abrazaría y le llevaría un ramo de flores, aun sabiendo que las odia, pero son un gesto muy bonito, y al final un chico lo único que espera son gestos. Una madre le diría: cariño, has estado estupendo y es lo mejor que he visto en mi vida, aun si fuera mentira, aun si hubiese preferido quedarse en casa viendo la tele, aunque odie el mismo acto de bailar, te quiero mucho, Aitor, porque es lo que hay que decir.

LUPE

¿Y cuánto llevas aquí?

Dos años,

Lo habría supuesto,

AITOR

me pregunta la loca de la habitación de al lado,  
y yo le respondo:

desde los dieciséis.

eres muy joven, me responde ella. ¿Y tú?

Yo ya ni me acuerdo.  
es todo lo que tengo que saber  
sobre terremotos, y aunque nadie me  
haga preguntas sobre terremotos,  
y aunque a nadie le interese,  
yo le contaré todo lo que sé,  
porque he olvidado hablar  
de cualquier otra cosa.

Lo único que recuerdo, contesta,

AITOR

Entonces, ¿cuánto llevas?

LUPE

Desde que perdí el control sobre mí misma, no sé si fue en la calle, en el trabajo o en el centro comercial, o igual en todos esos sitios, antes o más tarde, pero pasó. ¿Tú, chico?

AITOR

Aitor.

LUPE

Qué te pasó, Aitor.

AITOR

Nunca llegué a salir al escenario. Estábamos pletóricos aquella noche, Lupe. Esa mezcla de terror y emoción que le impulsa a uno antes de lanzarse. ¿Sabes?

LUPE

¡No, no! Bailo fatal, esas cosas no son lo mío. *(Se ríe)*

AITOR

¿Para quién es esta carta?

LUPE

Para quien quiera que le interese conocer mis últimas palabras.

AITOR

Con una nota de suicidio no logras nada. Deberías hablarlo. Gritarlo.

LUPE

No hay mayor grito de auxilio que entregarle a alguien una nota de suicidio.

Como ves, no me importa mi vida, así que háblame de la tuya.

AITOR

Las personas como yo... – solemos tener vidas disociadas y,  
por tanto, personalidades disociadas. Algo que ocultar, algo que encajar.

Vivo en dos realidades incompatibles.

En ambas zapateo por mi habitación como un loco,  
me muevo rápido al son de mil canciones,  
mi sudor es electricidad y lo único que sé hacer bien;  
en la primera de esas realidades, sin embargo,  
mi madre me dice

Y yo le digo, pero mírame, mira mi sonrisa y  
mira mis pies, es como en las películas,  
me aclara,  
me aconseja,  
me pregunta  
se contesta,  
me insinúa,  
me aclara, otra vez,

sentencia.

Entonces, voy a aclarar yo esta vez, ésta es una realidad.

En la otra realidad, yo elijo no bailar, yo elijo no ser yo,

LUPE (como La Madre)  
eso no está bien.

me da igual, Aitor,  
pero mírate,  
¿eso a quién le gusta?,  
eso es de niñas,  
y de maricones,  
y tú no eres una niña  
y en lo de maricón no quedan  
demasiadas dudas,

y por defecto elijo seguir teniendo una madre.

En cualquiera de las dos realidades,  
mi madre siempre se me acerca al sofá  
y me dice lo mismo:

Aitor, cariño, yo no quería  
porque tú no lo querrías; no  
quiero que se rían. No quiero que  
te juzguen. No quiero,  
sobre todo, que te hagan daño.

Mi madre dice que habla por mí, pero yo  
sólo quiero bailar por mí.

*La Madre desaparece. Aitor toma una bocanada de aire, pero no tiene efecto.*

AITOR

Mi vida está partida en dos: la que tengo y la que quiero tener. Mi vida y mis sueños y mis ganas y mi todo. Podría tener lo que quiero, estoy seguro, tengo el talento y hago el esfuerzo, pero me da tanto miedo que no lo consigo, y no hago nada, y no sigo, y me quedo, y acabo viviendo la vida que tengo; entonces mi vida no está partida en dos, es sólo una y es ésta. ¿Me entiendes? (*Masculla todo de forma ahogada, rimada, rápida.*)

LUPE

Te entiendo. Pero hablas muy rápido.

AITOR

Si hablo rápido es para que lo que digo no esté demasiado tiempo en mi cabeza.

LUPE

Me da igual. Respira.

AITOR

Eso hago.

LUPE

Tienes dos vidas posibles y las dos son incompatibles.

AITOR

Si elijo bailar, lo que para mi madre es una actividad reprobable, vergonzosa y ridícula, ella desaparece y la butaca está vacía. Si rehúyo del baile, si lo rechazo, mi madre sigue conmigo pero yo desaparezco.

LUPE

Y entonces qué ocurrió.

AITOR

No me vi capaz; me congelé. No podía salir al escenario, ni a la calle ni a ningún sitio, y en cierto momento el *poder* y el *querer* se mezclaron, y dejé de entender qué me estaba pasando. Estaba allí pero no quería estar, quería pero no podía bailar. Preferí callarme; ahí quieto, detrás del escenario, con mis medias y mi ropa apretada, a tan sólo cinco metros del público. Mis compañeros se acercaban: ¿Estás bien? ¿Estás bien? ¿Aitor? ¿Aitor? (*Lupe se suma a los ecos.*) Yo sólo podía responderles con los ojos fijos en aquel espacio que se iba llenando de muchos hombres y mujeres que podrían ser mi madre pero que jamás iban a serlo; eso es lo que pasó, Lupe. Después de un pequeño momento de valentía, elegí no ser yo, y al elegir eso no me quedó otra cosa que desaparecer, y acabé aquí, aquí estoy metido, no sé ni como se llama este sitio, tampoco me interesa, huele mal y sólo hay locos, y también he perdido a mi madre, que viene mucho, sí, pero siempre lleva esa cara, de pena, de pérdida, la pena no es sólo para ella, sabes, es para mí también, porque ella también me ha perdido a mí.

*Sin saber muy bien qué decir o cómo, dice ella:*

LUPE

Mi nombre es Begoña Arrien y soy de Txurdinaga.

AITOR

Pues eso pasó, Begoña.

LUPE

Bego.

AITOR

Bego. Eso pasó.

LUPE

Begotxu. Mejor llámame Begotxu.

AITOR

Ya hay confianza, ¿no? *(Suelta una pequeña risa cansada.)*

LUPE

Sí, yo creo que ya hemos llegado a ese punto, Aitor. Mira... No soy la más indicada para hablar *(se sonríe)*, pero hasta los lugares más bonitos revientan a veces. En eso pienso, a veces, cuando me levanto optimista. Cuando una pared estalla, mil cachos de gotelé construyen las baldosas de un territorio inexplorado, y por fin el gotelé sirve para algo, esa es una buena noticia, y la otra es que la luz se mete por esas grietas.

AITOR

Y este mensaje positivo me lo dice la misma que acaba de escribir una nota de suicidio.

LUPE

En eso pienso a veces, Aitor, y creo que esas *a veces* son importantes, apuntan a algo bueno. En eso pienso mirando la pared de mi habitación, y su gotelé, que en vez de deprimirme más, el gotelé, a veces me alegra, porque pienso que en algún momento puede estallar.

AITOR

Los estallidos...

LUPE

Sí, dime. Los estallidos qué.

AITOR

Que, a ver si lo explico bien; los estallidos, al igual que a veces lo joden todo, a veces, también, pueden tener un buen...

LUPE

*(Le corta.)* Pueden suponer algo bueno.

AITOR

*(Prosigue:)* Un buen uso. Saca lo bueno de tus fisuras, me lo dice mi psicóloga.

LUPE

Sí, ¿no?

AITOR

Y sabes qué.

LUPE

Que nuestra pared

AITOR

acaba de estallar.

*Los dos agujeros que hay en el muro se convierten en unos orificios a través de los cuales Lupe y Aitor insertan sus brazos; los falsos miles de kilómetros de distancia se transforman en centímetros reales y después en milímetros reales y después en auténtico contacto.*

*Lupe introduce su brazo izquierdo por uno y Aitor también el izquierdo por el otro; se acercan y se ABRAZAN, con el plástico como único impedimento,*

*y lo que empieza separado en dos acaba unido.*

*Oscuro.*

FIN

*Oaxaca en dos*